

Apuntes para la Historia de la Pintura en Jalisco

(XXVI)



GABRIEL FLORES: Fragmento de su Mural de la Cúpula de la Biblioteca Pública del Estado

Por **MAGDALENA GONZALEZ CASILLAS**

De cúpulas y murales...

DICE FRANCISCO DE J. AYÓN Zester, en su libro *Guadalajara. Su patrimonio cultural*: ...Guadalajara posee las cinco cúpulas más famosas de la pintura mural mexicana, ya bien dentro y fuera del país. (1981, p. 28) Estas cúpulas son: la del Teatro Degollado, pintada por Jacobo Gálvez y su discípulo Gerardo Suárez, hacia 1861; las dos "orozquianas" de finales de los años treinta, en la Universidad y el Cabañas; la de la Biblioteca Pública, trabajada por Gabriel Flores, en 1958; y, finalmente, la del Centro de la Amistad Internacional, obra de Guillermo Chávez Vega, concluida en 1973.

De las restantes bóvedas y cúpulas de la ciudad, sólo habría que mencionar la del templo de Nuestra Señora del Carmen, cuyo mural se debió al pincel de Pablo Valdez, inspirado en la tradicional morada celestial, poblada de Santísima Trinidad, ángeles, arcángeles, querubines y demás jerarquías, amén de numerosos bienaventurados, entre arcoiris y dorados "rompimientos de gloria". En otros templos, algunas lacerías e imágenes decoran el espacio interior muy fragmentado por abundantes nervaduras, propias del Barroco y del Neoclásico. Otro obstáculo para el muralismo de las superficies cupulares fue su profundidad de media naranja, como ocurrió con la Capilla del Cabañas que hubo de esperar más de un siglo al pincel audaz que se atreviera a decorarla y ello fue posible con un escorzo esquemático y genial que logró adecuar el tema pictórico al "vaso" arquitectónico, obteniendo una simbiosis excepcional en el campo de las artes.

Las bóvedas de la antigua capilla de Santo Tomás contienen una serie de estrellas rojas, de expresión conmovedoramente naïf y existencia sin relieves. Por eso volvemos a los murales que cita Ayón, y puestó que a los tres primeros ya habíamos hecho referencia, aludiremos ahora a los dos últimos, en un intento de agregar algo a lo ya dicho.

Lo primero que salta a la vista es que entre las obras de Orozco y las de Flores y Gálvez Vega existe una gran diferencia conceptual: el hombre de Zapotlán no dejó retratos en ninguna de sus cúpulas; pintó prototipos de líderes corruptos; de conquistadores brutales; de indios o masas obreras oprimidas; hizo caricaturas grotescas y se abocó a desarrollar complicadas simbologías, como la de *El Hombre Pentafísico* omás compleja todavía, la de *El Hombre de Fuego*, pero no dejó retratos en ellas. En los muros del Palacio de Gobierno quedó Hidalgo y por dos

veces. Sabemos que fue un magnífico retratista por alguno que otro cuadro de caballete que legó a la posteridad —el de su madre, por ejemplo—. Pero, fundamentalmente, le interesaba expresar ideas muy personales sobre el mundo y la sociedad y para ello el retrato era insuficiente, por eso le dedicó poco tiempo y poco esfuerzo.

En cambio, los dos murales totalmente contemporáneos que cobijan las cúpulas tapatías son, antes que otra cosa, retratos y logrados lo más fielmente posible, con la sana intención de que se identifique a los modelos. Chávez Vega, con mayor frecuencia que Flores, ha dejado retratos en los muros de la localidad, al plasmar al hombre con toda intención y trazar símbolos sencillos, antropomórficos o zoomórficos, de fácil interpretación.

En el caso de Gabriel Flores se aprecia un más complejo mundo interior, retorcido y pesimista, denso y estrujante, que se vuelca en sombras y terribles fantasías, pero que sabe disolverse en apacibles luces si hay que trabajar *El Parnaso Jalisciense* y en él dejar a algunos de sus prohombres —¿por qué a ninguna de sus Musas, que las hubo y hasta buenas?—. Convencional tiene que ser un mural sobre pedido, de esta naturaleza, aunque necesariamente excitante: ¿Quién va a dejar pasar oportunidad tal como la de pintar una cúpula? ¿Y qué plasmar en ella? Pues si es para la Biblioteca, un Parnaso compuesto por trece figuras —¿número cabalístico o casual?—: de poetas: Fernando Calderón, Alfonso Gutiérrez Hermosillo, Enrique González Martínez y Alfredo R. Plascencia, así, mezcaditos de ayer y de antier, de primera y de segunda calidad. Luego, de todo un poco dentro del muestrario intelectual: al primer periodista local, Francisco Sévero Maldonado, con *El Despertador Americano*, enrollado en una mano, para facilitar su identificación; al inconfundible jurista y gobernador Ignacio Luis Vallarta, con su bien cuidada barba; al Ing. Mariano Barcena; al educador Manuel López Cotilla; a los sabios polígrafos José María Viñil y Agustín Rivera Sanromán; a los novelistas José López Portillo y Rojas y Mariano Azuela; al visionario Mariano Otero, que tan joven murió y tan perspicaz se mostró en sus ensayos sobre la nación... Todos se ofrecen en escorzo, en un ámbito orlado por coronas de laurel y palma, frente a un manojo de edificios célebres, muy representativos de la cultura: el Cabañas, el Degollado, la Rectoría de nuestra Universidad, el sobrio templo de San Diego y la capilla de Santo Tomás... bajo un cielo azul y plata de verano sereno y refrescante; un cielo muy tapatío. Como símbolos, se aprecian la rueda del progreso técnico accionada por muy poderosas manos, frente a otras similares que empuñan la pluma, en tanto que un ojo enorme se desvela en un rostro que aún no termina de desprenderse de las gasas que obstaculizan la claridad de su mirada y la fuerza de su palabra. Entre los libros se aprecian títulos: *Al filo del agua*, para hacer pre-

sente, con discreción, a Yáñez; y los *Comentarios a las ordenanzas de minas*, del primer jurista neogallego de destacada importancia: Francisco Javier Gamboa.

Flores se presenta desde este mural de juventud, realizado a los 28 años, como un fino dibujante.

Para algunos críticos sigue siendo todavía, una de las mejores obras de Flores y justamente, la que lo immortalizará para la plástica mexicana.

Esta afirmación hecha por el crítico, historiador y periodista Francisco de J. Ayón Zester cobra importancia por el hecho de que Gabriel Flores ha pintado abundantes murales y, además, excelentes, como lo demuestra el que dejó en el Teatro Experimental.

Los de su primera época tienen tonalidades suaves: el azul, los ocre y blancos dan la nota de serenidad que recuerda a los espíritus clásicos; aunque, en ocasiones, la iconografía medioeval de zarpazos sorprendentes al ligar demonios horrisonos con la Serpiente Emplumada, en cromatismos de trópico, allá en el Experimental. Corazones sangrantes en manos de sacerdotes antiguos se combinan con el acero toledano de una espada... Flores piensa e imagina con fértil facilidad. Se ciñó a una línea más austera en la cúpula de la Biblioteca y acabó desbordando pesimismo, obscureciendo sus ocre, y casi desapareciendo sus azules en la última etapa, en sus murales "Apocalípticos" y desesperanzados, donde un hálito de muerte arrasa a la humanidad y, por ende, a la civilización...

Chávez Vega sigue, en la cúpula del Centro de la Amistad Internacional, los lineamientos del realismo socialista, igual que lo hace en el resto de sus obras. Dicha estética plantea connotaciones políticas y sociales, con intención didáctica, y proclama al hombre desde un solo ángulo: el de héroe. De ahí el énfasis antropomórfico del autor y el gesto decidido, los puños cerrados y el avanzar con pasos de unidades blindadas que presentan sus hombres de la Reforma, en la Procuraduría.

Las intencionadas perspectivas que lucen, en primeros planos, manos y pies descomunales, frente a cabezas proporcionalmente pequeñas, parecen indicar la preferencia por las extremidades vigorosas —del obrero, del guerrero— antes que por la *intelligentzia*. De ahí que sus figuras —en general— estén tan lejos de las que el humanista produjo en el Renacimiento lejano y que sus símbolos sean tan poco elaborados y parezcan tan secundarios:

En el mural de la enorme cúpula del Centro de la Amistad —650 Mts.2— cuyo título es *Guadalajara. Homenaje a la Humanidad*, se encuentran las figuras de veinte próceres de huella honda, en actividades e ideologías de lo más diversas: desde el poeta Walt Whitman hasta Miguel de Cervantes Saavedra; desde Platón hasta Bertrand Russell; desde Robespierre hasta Juan XXIII pasando por José Martí, Abraham Lincoln, Vladimir I. Lenin, Carlos Marx, Tadeo Kosciuszko, Patricio Lumumba, Martin Luther King, Benito Juárez, Ho-Chi-Minh, Mahatma Gandhi y Simón Bolívar, entre los ideólogos, políticos, teóricos o militantes. Representando a las ciencias, está sola Marie Curie; de los titanes de la pintura, basta Miguel Ángel y para recordar la creación musical, Ludwig van Beethoven, el enorme, el insuperable genio de la expresividad sonora.

Al centro, un sol anidado en las clásicas palomas de la Paz universal irradia geométricamente gajos luminosos que bañan a las cinco razas del mundo figurando mujeres desnudas, de largas cabelleras flotantes al viento, senos excesivos y, curiosamente, delgados tobillos. En el círculo exterior, los héroes mencionados; y en la base, la serpiente, cuyo cuerpo reptante y envolvente ha sido imagen de la tierra fecunda y hospitalaria, en tanto que la cabeza levantada con la intención de alcanzar las alturas, representa las aspiraciones del hombre por trascender sus limitaciones.

A veces, un viento de huracanado idealismo sacude cabellos y vestiduras de los adalides quienes mantienen, épicamente, el brazo en alto con la espada empuñada en fiera actitud amenazante. En otras ocasiones, el brazo se yergue lo mismo, pero en gesto declamatorio. En cualquier caso, muchas de las figuras de Chávez Vega recuerdan aquel memorable lema de "Arriba y adelante" y no sólo en este mural. Los ceños fruncidos, las tonalidades vivas, el dibujo tosco, ríspido, de "pata de elefante" trae a la mente, quiérase o no, aquellos murales que en las oficinas de Telégrafos —otra vez pertenencia de la Universidad— dejaron un David Alfaro Siqueiros muy joven e imbuido de los ideales de la Revolución rusa todavía caliente y Amado de la Cueva, fallecido en flor de juventud.

De toda la muralística tapatía de Chávez Vega —que de la extranjera no podemos opinar— lo mejor, sin punto de comparación, es el mural de la cúpula citada. Es donde su dibujo alcanza mayor limpieza; donde su simbología resulta más elaborada; donde su color es menos violento y la composición logra, creemos, su total dignidad. Esto no significa que la pincelada haya dejado de ser, como ocurre con él, dura, vigorosa e hiperviril.

En suma, a mensajes distintos y sensibilidades diferentes corresponden, necesariamente expresiones diversas, como ocurre con Flores y Chávez Vega, cuando hablan con los pinceles.